

RECENSIONES BIBLIOGRAFICAS

A) ESTUDIOS HISTORICOS

CHADWICK, OWEN, *The Secularization of the European Mind in the 19th Century* (2.^a reimpresión), Cambridge University Press, Cambridge, 1993, 286 págs.

El tema que plantea el libro que se comenta, la secularización de la sociedad occidental, nos enfrenta ante una de las claves de intelección de la cultura actual. Desde luego que la llamada secularización, como cualquier otro concepto que pretenda evocar todo un cambio de actitud del hombre ante el mundo y su posición en la vida, con indudable reflejo en la manera de entender la sociedad y las relaciones con el poder político, debe ser tomado como un término convencional —de alguna manera todas las palabras lo son— y de significación polisémica. El conjunto de hechos sociales e intelectuales que evoca es lo suficientemente complejo y diverso para que pueda ser entendido en multitud de sentidos y acepciones.

Por eso resultan muy útiles las explicaciones que el autor, ya en la parte introductoria de la obra o en la conclusiva, nos ofrece con la finalidad de explicitar el sentido que le otorga y desde el que va a estudiar la secularización. Chadwick utiliza fundamentalmente el método histórico o, más exactamente, el análisis de la evolución de las corrientes de pensamiento que contribuyeron a su desarrollo. La secularización no es un mero cambio en la moda o las costumbres, ni tampoco tiene su origen en una evolución del pensamiento cristiano —aunque de alguna manera y respecto a ciertas comunidades protestantes, éste también pudo influir—. Representa una faceta de la auténtica revolución en las líneas de fuerza de la cultura humana que afecta a todas las dimensiones del ser humano, la cual se origina en el Renacimiento y se intensifica en los siglos XVIII y XIX.

En un principio la palabra secularización tiene una evidente carga emotiva, no lejana de anticlericalismo. Su significado actual entronca con esta acepción en el sentido de aludir al declinar de la influencia de la religión y de las iglesias institucionalizadas en la vida individual y política. Pero también cobra una acepción positiva. Propone una liberación de la ética cristiana de la sociedad tradicional a través de la ciencia, el arte, el conocimiento..., esto es, valores racionales y estéticos subjetivos.

No cabe duda que la referida aproximación al concepto de secularización en su significación histórica adolece, sin embargo, de una excesiva simplificación de la di-

versidad de doctrinas, ideologías, hechos culturales y sociales que convergen en el proceso. Se podría decir que la secularización es una realidad cultural caleidoscópica imposible de ser reducida a unidad causal. Consciente de ello, Chadwick dedica su trabajo a analizar los fenómenos sociales e intelectuales que contribuyen o reflejan el espíritu secularizador. Partidario de la tesis de Weber, de que los cambios sociales tienen como germen las ideas de un hombre o un grupo reducido de hombres, las cuales son progresivamente aceptadas, y que toda investigación social falla si no la precede una investigación intelectual, divide el volumen en dos partes que coinciden con las dos perspectivas mencionadas: el problema social y el problema individual. Es, por tanto, un libro que se adscribe al área de la historia de las ideas y de los hechos sociales. No cubre su objeto el estudio de la incidencia de la secularización en, por ejemplo, los modos de organización de la comunidad política, aunque realiza alguna alusión al respecto.

Por otro lado, se destaca la limitación temporal de la investigación expresada en el propio título de la obra: la secularización en el siglo XIX. Período clave en la extensión social del fenómeno, pero cuyo sustrato ideológico se remonta, en una de sus vertientes, al movimiento de la Ilustración de los siglos XVII y XVIII.

La Parte I del volumen, «El problema social», comienza analizando las dos principales corrientes de pensamiento que conforman, junto a las doctrinas basadas en los principios morales cristianos que adoptaran más o menos explícitamente las ideologías conservadoras de la época, la espina dorsal de la cultura social y política del siglo XIX. El liberalismo propugnó la doctrina de los derechos humanos, cuyas formulaciones ya encontramos en la filosofía ilustrada y en el iusnaturalismo racionalista, impulsando fórmulas de organización de la estructura política acordes con lo que consideraba derechos innatos del individuo. Entre las libertades defendidas destaca la libertad religiosa, primera entre otras en un orden cualificado por el objeto perseguido, el derecho de dar culto a Dios, y en el plano histórico-político como fórmula para acabar con las guerras de religión que consumieron Europa durante tantos años. La cuestión es si, desde la óptica del poder político, un Estado defensor de las libertades individuales, el Estado liberal, debía ser un Estado secular. La respuesta de autores emblemáticos del pensamiento liberal, Locke, Von Humboldt, Mill..., es categórica. Sólo cuando los poderes públicos no ejerzan presión a favor de alguna religión y se alejen de cualquier práctica o enseñanza religiosa, garantizan la libertad de sus ciudadanos. Se propugna, en una palabra, la secularización de la organización política, el Estado neutral en cuestiones ideológicas y religiosas, contrapuesto al Estado ético del «ancien regime», Estado liberal cuya misión principal es prevenir la violencia, pero no intervenir en los problemas morales. Chadwick analiza la aportación del pensamiento liberal al proceso secularizador estudiando con cierto detalle la doctrina de John Stuart Mill. Subraya cómo sus formulaciones, en su tiempo consideradas radicales, sirven de germen de ideas, valores o actitudes admitidas comúnmente en nuestra época. Tal puede ser considerada la idea, central en el pensamiento de Mill, de que la libertad es un bien en sí mismo, no un instrumento, que contribuye a la autorrealización del individuo. El autor concluye este capítulo dedicado al liberalismo exponiendo la incidencia de las nuevas tesis y, en general, de concepciones distintas del cristianismo tradicional, en la prensa inglesa del siglo XIX, dando lugar a debates y polémicas; así como la evolución de la corriente pensamiento liberal a lo largo de este siglo.

La segunda doctrina estudiada es el marxismo. Su importancia en el proceso de secularización del siglo XIX no ofrece duda alguna al autor. «La teoría marxista —afirma Chadwick— fue la más poderosa filosofía de la secularización en el siglo XIX... y su poder era intrínseco: la exposición sistemática y original de una teoría de la sociedad secular, basada en parte en axiomas filosóficos y en parte en teorías de la ciencia económica contemporánea» (pág. 66). En la obra comentada

se analiza con cierto detenimiento la evolución del pensamiento de Karl Marx, desde sus orígenes hegelianos hasta las formulaciones más acabadas en que considera a la religión como causa de alienación del hombre y, por ello, causa del mal social. Chadwick subraya especialmente cómo la doctrina marxista, muy asentada en bases racionalistas, posee un contenido moral y escatológico próximo al de las confesiones cristianas. Concluye el capítulo una exposición de la evolución del marxismo, particularmente desde su perspectiva política, esto es, como fermento del movimiento social, en sus posturas ante la religión. La vinculación entre ateísmo y construcción social de líderes políticos como Bauer, o las tendencias moderadas de la social democracia alemana de Lasalle que, en común con el liberalismo, consideran la religión como una cuestión privada y apoyan la libertad de creencias.

Después de centrar el objeto de análisis en las bases teórico-doctrinales más relevantes que influyen en la secularización, el autor dedica la siguiente parte del estudio a exponer la función que las nuevas doctrinas tienen como motor del cambio social. En la primera mitad del siglo XIX no existen indicios de que el ateísmo fuera un fenómeno popular en la sociedad inglesa. Incluso los que abogan por el Estado secular pretendían con esta fórmula la cosecución de una sociedad más cristiana. Pervivía incólume la conciencia de que la religión era el fundamento más sólido de la estructura social, donde descansa la moral pública, y que el ateísmo es sinónimo de inmoralidad. Únicamente en la segunda mitad del siglo, el desarraigo producido por las mativas migraciones a las ciudades, producto de la revolución industrial, conlleva una pérdida de las costumbres religiosas y el incremento del fenómeno del ateísmo.

Más extendidas a lo largo del siglo se encuentran las posturas anticlericales, especialmente relevantes en el ámbito político. Estas tendencias se desarrollan en los países donde la Iglesia Católica tiene mayor peso social. De alguna manera se ven empujadas por la estrecha unión entre el trono y el altar, que caracteriza la comunidad política del antiguo régimen y la necesidad de propiciar el cambio a través de la neutralización del poder de la Iglesia. Chadwick se refiere en el capítulo «El crecimiento del anticlericalismo» al supuesto de la Francia post-revolucionaria y cómo los ataques contra la Iglesia en defensa de las libertades llevan a la condena papal del liberalismo en el «Syllabus» o en la Encíclica «Quanta cura» y radicalizan la vida política de un país dividido entre partidos anticlericales y conservadores-ultramontanos.

La Parte II del libro, dedicada a «El problema intelectual», plantea, a mi juicio, las cuestiones de orden teórico más interesantes para desentrañar el sustrato ideológico del proceso secularizador. El primer capítulo versa sobre la influencia del pensamiento de Voltaire a lo largo del siglo XIX. Tras el olvido de su doctrina, especialmente debido al recuerdo de los excesos cometidos por el movimiento revolucionario que culminarán con el régimen de Robespierre, de nuevo renacen las opiniones ilustradas, influyendo de manera decisiva, en lo que respecta a las actitudes religiosas, en el auge del deísmo, la concepción mecanicista de la naturaleza humana y la libertad de pensamiento. Si bien actúan como germen ideológico previo al cambio social, pero no directamente causante de él, puesto que, como pone de relieve el autor, la Ilustración fue un movimiento aristocrático, de salón, con escaso interés en la transformación de las masas populares. Baste recordar la frase atribuida a Voltaire, que aconseja no hablar de ateísmo delante de las criadas: «Quiero que mi abogado, mi sastre y mi mujer crean en Dios; así yo seré menos robado y estafado».

Mayores consecuencias en cuanto al cambio de mentalidad de la sociedad democrática tuvo el desarrollo de las ciencias naturales y la extrapolación de algunas de sus conclusiones al ámbito de la filosofía o la metafísica. Chadwick dedica un extenso capítulo al problema de las relaciones entre «Ciencia y Religión». Son los propios científicos, ya sea desde la medicina o de la biología general, quienes se con-

vierten en evangelistas de nuevos credos, que tienen su común denominador en la defensa de postulados materialistas frente a los espiritualistas de las creencias religiosas. El autor recibe en las páginas del volumen las tesis de lo principales representantes de las tesis filosófico-científicas. En el plano de las investigaciones en medicina, Vogt y Büchner, los cuales defienden el único fundamento material —una única materia eterna en incesante evolución— de lo que las religiones tradicionales llaman el alma y sus facultades. En el de las ciencias naturales, la enorme repercusión de las tesis evolucionistas de Darwin. Chadwick subraya la utilización de las tesis darwinianas en aras de las nuevas doctrinas científicas. Darwin jamás se pronunció sobre el tema religioso, ni mucho menos extrae consecuencias filosóficas de los datos evolucionistas. Lo cual se advierte en su famoso libro «Del origen de las especies». De su lectura uno se pregunta cómo puede haberse hecho tan famoso un escrito de tan difícil intelección como árida materia. La contestación la argumenta Chadwick desde el punto de vista del conocimiento de la historia de las ideas. Darwin fue utilizado como un símbolo, se le situó en medio de una polémica en la que jamás se había pronunciado. Y todo ello gracias a una serie de supuestos apóstoles del pensamiento darwiniano —Owen y Huxley en Inglaterra; Haeckel en Alemania—, que utilizan el darwinismo para defender la descendencia del hombre del mono o, en el proceso de creación del universo, la evolución de la materia inorgánica en orgánica. En definitiva, ascienden de la ciencia a la metafísica y realizan generalizaciones éticas y religiosas. «La fuerza secularizadora —escribe Chadwick— no estaba en Darwin como autor del libro, sino en Darwin como símbolo» (pág. 174). El materialismo científico de estos autores conecta con el ateísmo marxista y será uno de los pilares del dogma de la Rusia revolucionaria. Y en el resto de Europa motivará la disputa, avivada por la prensa, entre los defensores de los planteamientos supuestamente científicos y los apologetas de la religión tradicional, polémica que aún no se ha apagado. Si bien gran parte de los verdaderos científicos del siglo XIX prefieren continuar con sus experimentos y evitar ofrecer especulaciones sobre sus logros. En realidad, el salto del dato científico a la filosofía o la metafísica no puede ocultar la verdadera naturaleza ideológica de posturas que muchas veces se presentan falsamente bajo el respaldo del incontrovertible dato científico. Crítica esta que es subrayada por Chadwick en diversos pasajes del capítulo.

No sólo es esta tendencia extrapoladora achacable a cierto sector de los cultivadores de las ciencias naturales del siglo XIX. También se da en algunas exposiciones de la historia social. A mediados de siglo cobra auge la escuela del determinismo histórico, muy influida por el causalismo que domina en las ciencias de la naturaleza. Taine, autor representativo de tal concepción, quería ver en el comportamiento humano cadenas de causas como en la ciencias físicas. La religión es un producto de la raza y el momento histórico, condiciones que determinan culturalmente al ser humano. En este ambiente escribe Renan su famosa obra «Vida de Jesús», una exposición de la vida de Cristo como hombre y en sus circunstancias históricas, pero excluyendo cualquier manifestación sobrenatural, por no ser verificable racionalmente. Chadwick reflexiona, en el capítulo «Historia y secularización», que dedica a exponer estas doctrinas de relevante ascendente en la secularización de la sociedad decimonónica, sobre el referido método de exposición histórica. Si bien reconoce que la historia no sólo puede recoger hechos, relegando ideas y valoraciones como complemento del cuadro de la realidad, rechaza la pretensión de reducir la historia a ciencia exacta y, más aún, presentar meras valoraciones subjetivas o axiomas filosóficos del autor como evidencias incontrovertibles.

En el último capítulo con contenido expositivo sobre la historia del pensamiento, bajo el epígrafe «La naturaleza moral del hombre», el autor aborda el análisis del intento de construcción de una moral laica contrapuesta a la cristiana. El do

minio social indiscutido de la ética cristiana se rompe en la última mitad del siglo bajo el auge del positivismo. Su autor más representativo, Auguste Comte, propugna un sistema ético basado en la confianza ilimitada en el progreso de las ciencias experimentales capaz de resolver todos los males, también los morales, y en el cultivo del sentido común por el cual lograr, bajo reglas sencillas de conducta, el equilibrio entre los sentidos egoístas y no egoístas. La realidad de los acontecimientos históricos demostraron la simplicidad de tales planteamientos, que eliminaba todo axioma o principio absoluto, salvo los verificados por la observación y demostraba una confianza sin fisuras en el progreso, cuando, ya en el presente siglo, se suceden las dos guerras más destructivas de la historia del hombre. El autor concluye comparando el optimismo positivista con los sentimientos de culpa y la exposición de las miserias humanas que subyacen en las novelas de Tolstoi o Dostoyesky.

Cierran el volumen un capítulo de consideraciones finales, titulado «Un sentido de la providencia», las notas al texto y un índice de autores citados.

En conclusión, el libro de Chadwick «The Secularization of the European Mind in the 19th Century» es, por su claridad de exposición —virtud que es prácticamente una nota característica de los historiadores ingleses—, las fuentes consultadas y las múltiples perspectivas desde las que aborda el tema objeto de estudio, un clásico de imprescindible lectura para aproximarse a la historia social e ideológica que subyace en el proceso de secularización, fenómeno que de por sí representa una de las características más propias de la historia de la edad contemporánea.

AGUSTÍN MOTILLA.

VV.AA., *Catedrale, città e contado tra Medioevo ed Età Moderna*, «Atti del Seminario di Studi», Modena, 15-16 novembre 1985, a cura di G. Santini, Dott. A. Giuffrè Editore, Milano, 1990, 210 págs.

El vivo sentido de la contemporaneidad con que ha discurrido el cultivo del Derecho Eclesiástico en países como Italia o España, quizá podría hacer pensar que, en este ámbito del Derecho, los datos históricos podrían tener menos interés, o que sólo deberían ser tenidos en cuenta en la medida en que incidieran, directamente, en la maduración de los criterios relativos a los sistemas ordenadores del fenómeno religioso por parte de los príncipes o de los Estados. Sin embargo, un seguimiento atento de la bibliografía elaborada por los centros universitarios más interesados en el estudio del Derecho Eclesiástico pone de manifiesto su abierta atención a los campos históricos más variados, en consonancia con la amplitud y la intensidad con que los valores religiosos han impregnado la vida de las sociedades y de los pueblos, y en relación también con las causas determinantes de la continuidad y de los cambios experimentados en sus respectivos ordenamientos jurídicos. En esta línea se sitúa esta publicación del Departamento de Ciencias Jurídicas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Módena, como testimonio bien elocuente.

En conexión directa con las variadísimas aportaciones hechas en nuestros días en relación con la historia de las ciudades, el título del volumen muestra de inmediato el ámbito de historia local, en que se sitúan los estudios recogidos en él; lo que supone una voluntad decidida de abordar temas más lejanos de la organización directa del poder soberano, para estudiar unos núcleos, tan expresivos de los valores conformadores de la vida social en su base, como son *la catedral, la ciudad y la aldea*. Se trata de un título intencionadamente abstracto, que, sin embargo, contiene unos estudios de planteamiento concreto: se refieren siempre a ciudades italianas determinadas, bien elegidas para reflejar la gran variedad existente en los cri-